

## EL FILANTROCAPITALISTA DE LA CAPITAL

POR ANDREW PAXMAN\*

La Estrella de Oriente, el primer negocio de Julián Slim, es una parte tan fundamental de la leyenda popular sobre su hijo, el más rico de los mexicanos, que casi todo perfil del magnate lo menciona. Establecida en 1911, esta mercería se ubicó en el Centro Histórico, y 10 años después –a pesar de la turbulencia de la Revolución– tenía una mercancía valuada en 100 mil dólares.

Así, se implica, la tienda ofrecía un augurio para la vida de Carlos Slim. Él también sería “una estrella de oriente” (por su procedencia libanesa) y él también tendría la visión de hacer dinero en tiempos de caos, sobre todo en la década perdida de los años ochenta cuando compró Cigatam, Sanborns y Minería Frisco.

Pero como toda leyenda empresarial, los hechos son menos simples. Mucho más importante para la riqueza de Julián y la de sus hermanos, fue su adquisición durante la guerra de muchos inmuebles en el Centro, a menudo fruto de préstamos hechos a viudas porfirianas –desesperadas por su falta de liquidez y la clausura carrancista de los bancos– que luego no pudieron saldar sus deudas. Como dijo el financiero decimonónico Nathan Rothschild: «El mejor momento para comprar es cuando la sangre corre por las calles».

Las jugadas financieras de Julián fueron astutas, ¿pero fueron del todo éticas? Preguntas parecidas se hicieron acerca de su hijo Carlos cuando participó como filántropo en el proyecto lopezobradorista de renovar el Centro. ¿Quiénes serían los verdaderos beneficiarios, los vecinos, los comerciantes o los propietarios? Emergió que el mismo Slim era dueño de unos 80 inmuebles en la zona, cuyo valor seguramente se dispararía debido a las obras de embellecimiento y el desalojo de miles de ambulantes.

Una respuesta a este acertijo queda en el “filantrocapialismo”, un término de dos usos. El primero es aplicar prácticas empresariales a obras filantrópicas, con fines de mayor eficiencia e impacto duradero. El segundo, en pocas palabras, es hacer dinero mientras se hace donativos. Slim utiliza ambas prácticas y no es el único: Pierre Omidyar, fundador de eBay, lo hace, y también Google.

El filantrocapialista Slim ha dejado otra huella en el “Nuevo Polanco”. Por un lado, costó el magnífico Museo Soumaya, que a pesar de las críticas de varios *connoisseurs*, ha logrado atraer a miles de chilangos cada semana para ver sin costo ninguno las obras de muchos artistas de primera (y, hay que decirlo, las “naquencias” de algunos artistas de tercera). Por otro lado, el museo está claramente diseñado como un imán, para atraer al público a las tiendas de Saks, Sanborns, Mixup, Telcel, Telmex y Banco Inbursa (todas propiedades de Slim) que se encuentran a unos pasos en el Centro Comercial Plaza Carso (también de Slim).

Puede ser que este epítome de Slimlandia no esté al gusto de todos, ni tampoco las colonias Slim que se encuentran en el sur, Plaza Loreto y Plaza Inbursa. Pero vale recordar lo que existía allí antes: unos terrenos básicamente baldíos, tras la muerte en épocas distantes de fábricas no rentables. Visto de manera poco sentimental, su resucitación como centros comerciales es un microcosmo de la evolución casi inevitable de economías industriales en economías de servicio. Generaron miles de nuevos empleos, tal y como hizo Slim en el Centro al ubicar allí un Sears y otros negocios.

Las huellas de Slim pudieron haber sido más cuestionables y menos al gusto popular. Optó por construir no en zonas como Santa Fe –ese mini Houston desalmado, a donde la única manera de llegar feliz es por helicóptero–, sino en zonas accesibles y donde la regeneración hacía mucha falta. Optó por apoyar tales aventuras como el regreso de las carreras Fórmula Uno, al evidente gozo de los 300 mil que han asistido cada año. Optó por donar uno de sus inmuebles en la calle Madero al Museo del Estanquillo, escaparate de la cuantiosa colección de recuerdos defeños de Carlos Monsiváis y otro atractivo gratuito para los paseantes y turistas –antes de que se echen unas enchiladas en el Sanborns Azulejos, por supuesto.

Guste a uno o no el registro empresarial del ingeniero, uno tendría que ser un marxista no reconstruido de los años sesenta para no poder disfrutar, por lo menos, de un par de sus aportaciones a la capital. Dicho eso, tiene sentido hacerlo con sentimientos encontrados, quizá recordando esas enormes sumas gastadas en décadas pasadas en larga distancia.

\*@APaxman es historiador e investigador del CIDE. Chilango nacido en Londres, fue corresponsal de Variety para América Latina. Es coautor de *El Tigre: Emilio Azcárraga y su imperio Televisa (2000)* y autor de *En busca del señor Jenkins (2016)* sobre la vida del magnate William O. Jenkins. Actualmente prepara una nueva biografía sobre Carlos Slim.